

# Historia

## Historia y enfermedad

José María Tejerina

HASTA hace muy pocos años no han reconocido los historiadores el papel, transcendente, desempeñado por las enfermedades en la Historia de la Humanidad. Tal vez fue *William McNeill* quien se preguntó, por primera vez, hace unos lustros, cómo *Hernán Cortés*, con un puñado de hombres, apenas seiscientos, pudo vencer a millones de indios y dominar el poderoso imperio azteca de *Moctezuma*. Pronto se desvaneció la imagen de dioses que, en los primeros momentos, ofrecieron los españoles. Ni eran tan terroríficos sus caballos, ni tan destructoras sus armas de fuego. Mas, es bien cierto, en cambio, que, en la *noche triste*, cuando nuestros compatriotas fueron expulsados de la ciudad de México, una terrible epidemia de viruela comenzó a matar a millares de aztecas. Se debilitó su potencial guerrero y, al mismo tiempo, se demostró que el Dios único a quien adoraban los españoles, respetados por la plaga, era superior en poderío a los antiguos dioses indios.

El cristianismo encontró, pues, un campo abonado para su inmediata expansión. La conquista de América no puede comprenderse sin admitir el intercambio de enfermedades infecciosas entre el Viejo y el Nuevo Continente. Los indígenas del Nuevo Mundo, antes de la llegada de *Colón*, no padecían ninguna enfermedad grave contagiosa. (La hipótesis del origen americano de la sífilis está cada vez más en entredicho). Los conquistadores eran, por el contrario, portadores latentes de sus funestas dolencias.

La densidad de población de México y Perú en el momento de la llegada de los españoles, era altísima. México tenía cerca de treinta millones de habitantes, pues bien, medio siglo después del desembarco de *Hernán Cortés*, se había reducido a tres millones y en 1620 llegó a ser de un millón seiscientos mil solamente.

En el Perú de los incas ocurrió una catástrofe demográfica similar. La fe de los *amerindos* en sus instituciones y en sus creencias, se derrumbó. Los españoles pudieron imponer fácilmente su cultura, su religión, sus leyes. La epidemia era una buena muestra del desagrado de la Divina Providencia de los blancos. Los viejos dioses habían huido. El *dios de la lluvia* lloraba sobre México.

La viruela fue el gran aliado de los conquistadores, Diezmó, en un principio a La Española, reduciendo su población, según fray *Bartolomé de las Casas*, a unos mil habitantes. Luego el azote se extendió a México, Guatemala y bajó hasta Cuzco dejando expédito el camino de *Pizarro*.

Pueden citarse multitud de otros fenómenos semejantes; epidemias que diezmaron ejércitos y poblaciones civiles, trastocando el curso de la Historia. Apuntemos, de pasada, que las pestes de la Edad Media en Europa originaron fuertes recensiones demográficas y económicas. La falta de mano de obra, a la larga, dio lugar a fecundas iniciativas técnicas. Es el *retospuesta* de *Toynbee*. Y contribuyeron también a establecer una suerte de nivelación social. La muerte, imprevisible y atroz, igualaba en su angustia vital a los hombres; ricos, pobres, poderosos, humildes.

En Mallorca las democráticas leyes, la *Carta de Població*, la *Carta de Franqueza*, fueron promulgadas tras las primeras pestes sobrevenidas después de la conquista de la isla.

Pero no sólo las *enfermedades colectivas* torcieron el devenir de la Historia. Asimismo las *enfermedades individuales* de los gobernantes modificaron el curso lógico de la crónica de la Humanidad. Recordemos las figuras de *Hitler* (un *ciclón* paranoico), *Mussolini*, afecto de una grave do-

lencia silfítica del sistema nervioso, *Roosvelt*, en fin, paralítico, con el cerebro desmoronado, al borde de la muerte, cuando los acuerdos de Yalta.

La enfermedad es la compañera inseparable del hombre. Su sombra. No podemos olvidarla si queremos comprender los extraños caminos de la historia.